EL MISTERIO DEL CEMENTERIO

O “La venganza de un hombre muerto”

Una historia de detectives

CAPÍTULO I

LA TUMBA DE BURNS

Era mediodía en la pequeña población de Mainville, y un penado grupo de gente estaba reunido alrededor de la tumba de Burns. Joseph Burns había muerto. (Al morir había pronunciado las siguientes y extrañas instrucciones: Antes de meter mi cuerpo en la tumba, colocad esta bola en el suelo, en un punto marcado como “A”. Y entonces había tendido una pequeña bola dorada al rector). La gente lamentaba mucho su muerte. Después de que los funerales hubieran concluido, el señor Dobson (El rector) dijo:

-Amigos, ahora hemos de cumplir las últimas voluntades del difunto.

Y, tras decir esto, bajó a la tumba (A poner la bola en el punto marcado como “A”). Pronto el grupo de dolientes comenzó a impacientarse y, al cabo de un tiempo, el señor Cha’s Greene (el abogado) bajó a echar un vistazo. En seguida regresó con cara de espanto y dijo:

-¡El señor Dobson no está ahí abajo!

CAPÍTULO 2

EL MISTERIOSO SEÑOR BELL

Eran las tres y diez de la tarde cuando la campana de la puerta de la mansión Dobson resonó con fuerza, y el criado acudió a abrir la puerta, para encontrarse con un hombre entrado en años, de pelo negro y grandes patillas. Manifestó que quería ver a la señorita Dobson. Tras ser conducido a su presencia, dijo:

-Señorita Dobson, sé dónde está su padre, y por la suma de 10.000 libras haré que vuelva con usted. Puede llamarme señor Bell.

-Señor Bell -dijo la señorita Dobson- ¿Le importa que abandone por un momento la habitación?

-En absoluto -repuso el señor Bell.

Ella regresó al cabo de poco tiempo, para decir:

-Señor Bell, entiendo. Usted ha raptado a mi padre y ahora me está pidiendo un rescate.

CAPÍTULO III

EN LA COMISARÍA DE POLICÍA

Eran las tres y veinte de la tarde, cuando el teléfono sonó con furia en la comisaría de Nort End, y Gibson (el telefonista) preguntó qué sucedía.

-¡He averiguado algo sobre la desaparición de mi padre! -dijo una voz de mujer-. ¡Soy la señorita Dobson y mi padre ha sido secuestrado! ¡Llamen a King John!

King John era un famoso detective del Oeste.

En ese momento justo entró un hombre a toda prisa, y gritó.

-¡Oh! ¡Horror! ¡Vamos al cementerio!

CAPÍTULO IV

LA VENTANA OCCIDENTAL

Volvamos ahora a la mansión Dobson. El señor Bell se había quedado bastante azarado ante la franca demostración, pero cuando volvió a hablar dijo:

-Tampoco hay que decir las cosas así, señorita Dobson, ya que yo…

Se vio interrumpido con la aparición de King John, que, con un par de revólveres en las manos, impidió cualquier retirada por la puerta. Pero, rápido como el pensamiento, Bell se lanzó hacia una ventana situada al oeste… y saltó.

CAPÍTULO V

EL SECRETO DE UNA TUMBA

Volvamos ahora a la comisaría. Cuando el excitado visitante se hubo calmado algo, pudo contar de un tirón su historia. Había visto a tres hombres en el cementerio gritando: “¡Bell! ¡Bell! ¿Dónde estás, viejo?”, y actuando de forma sumamente sospechosa. Los había seguido y ¡entraron en la tumba de Burns! Los siguió hasta allí dentro y los vio tocar un resalte en cierto lugar marcado como “A”, y los tres desaparecieron.

-¡Quiero que venga enseguida King John! -dijo Gibson-. ¿Y usted cómo se llama?

-John Spratt -repuso el visitante.

CAPÍTULO VI

LA PERSECUCIÓN DE BELL

Ahora volvamos de nuevo a la mansión Dobson. King John se había visto sorprendido por el repentino de Bell, pero cuando se recobró de la sorpresa, lo primero que pensó fue en detenerlo. Por tanto, se lanzó en persecución del secuestrador. Lo siguió hasta la estación de ferrocarril y descubrió, para su desaliento, que había tomado el tren de Kent, una ciudad mayor situada al sur, que no tenía conexión telefónica ni telegráfica con Mainville. ¡Y el tren acababa de partir!

CAPÍTULO VII

EL CABALLERIZO NEGRO

El tren de Kent se puso en marcha a las 10.35 y hacia las 10.6 un hombre excitado, polvoriento y cansado , irrumpió en la estación de postas de Mainville y dijo al caballerizo negro que estaba en la puerta:

-Si eres capaz de llevarme a Kent en 15 minutos, te doy un dólar.

-No sé cómo sería eso posible -dijo el negro-. No tenemos un par decente de caballos, y además…

-¡Dos dólares! -gritó el visitante.

-Vale -dijo el caballerizo.

CAPÍTULO VIII

BELL, SORPRENDIDO

Eran las once en punto en Kent y todas las tiendas, excepto una, estaban cerradas: una tienda sórdida, polvorienta y pequeña, hacia el extremo oeste del pueblo. Estaba entre le puerto de Kent y la vía que unía Mainville con Kent. En la dependencia delantera un individuo de ropajes desarrapados y edad incierta estaba conversando con una mujer de mediana edad y cabellos grises.

-He quedado en hacer el trabajo, Lindy -decía-. Bell llegará a las 11.30 y el coche está listo ya para llevarlo al muelle, de donde zarpa un buque, esta noche, rumbo a África.

-¿Pero qué pasa si se presenta King John? -preguntó Lindy.

-Entonces nos pillarán con las manos en la masa y Bell acabará en la horca -repuso el hombre.

Justo entonces sonó un golpeteo en la puerta.

-¿Eres tú, Bell? -preguntó Lindy.

-Sí -fue la respuesta-. Cogí el tren de las 10.35 y he despistado a King John, así que todo está bien.

A las 11.40, el grupo llegó al embarcadero, y vio un buque en la oscuridad. El Kehdive, África, estaba pintado en su casco, y justo cuando iban a subir a bordo, un hombre surgió de la oscuridad y dijo:

-¡John Bell, queda usted arrestado en nombre de la reina!

Era King John.

CAPÍTULO IX

EL PROCESO

El día del juicio había llegado y un buen grupo de gente se había reunido en torno a la pequeña arboleda (que servía como tribunal en verano) para presenciar el proceso de John Bell por secuestro.

-Señor Bell -dijo el juez-. ¿Cuál es el secreto de la tumba de Burns?

-Quedará bien claro -repuso Bell- si va a la tumba y toca cierto punto, marcado como “A”, que allí se encuentra.

-¿Y dónde está el señor Dobson? -inquirió el juez.

-¡Aquí! -dijo una voz a su espalda, y la figura del propio señor Dobson apareció en el umbral.

-¡Cómo ha llegado usted aquí!

-Es una larga historia -dijo Dobson.

CAPÍTULO X

LA HISTORIA DE DOBSON

-Cuando bajé a la tumba -dijo Dobson-, todo estaba oscuro y no podía ver nada. Por fin distinguí la letra “A” impresa en blanco en el suelo de ónice y coloqué la bola sobre ella; inmediatamente, se abrió una trampilla y salió un hombre. Era ese hombre que está aquí -dijo, apuntando a Bell, que temblaba en el banquillo de los acusados-, y me llevó a un lugar bien iluminado y lujosamente amueblado, en el que he estado hasta ahora. Un día llegó un hombre joven y gritó: ¡El secreto queda desvelado! Y se fue. No me vio. Una vez, Bell olvidó su llave, y yo saqué el molde en cera; al día siguiente estuve haciendo copias para abrir la cerradura. Al día siguiente, una de las llaves funcionó y, al otro día (es decir, hoy), escapé.

CAPÍTULO XI

EL MISTERIO DESVELADO

-¿Por qué el finado J. Burns le pediría a usted que pusiese la bola ahí? (En el punto “A”).

-Para causarme daño -replicó Dobson-. Él y Francis Burns, su hermano, estuvieron conspirando durante años contra mí, y yo no lo sabía, tratando de perjudicarme.

-¡Prendan a Francis Burns! -gritó el juez.

CAPÍTULO XII

CONCLUSIÓN

Francis Burns y John Bell fueron condenados a cadena perpetua. El señor Dobson recibió la cordial bienvenida de su hija que, con el tiempo, se convertiría en la señora de King John. Lindy y su cómplice fueron condenados a treinta días en la prisión de Newgate por ayudar y participar de una fuga criminal.

FIN

Precio: 25 centavos.